

El lado práctico de esto, y en cierto modo probatorio, consiste en que, cuando Freud ha dado a su enfermo la explicación de estos símbolos y de estos sueños, cuando lo ha descubierto y le ha recordado una impresión a menudo muy antigua fijada en su alma como una espina moral, cuando él ha hecho pasar a la consciencia lo que estaba en el subconsciente, el enfermo se encuentra aliviado y curado.

Mas hay derecho para preguntarse si no existe una parte de engaño y exageración en la eficacia de esta nueva, extraña y aparentemente fantástica *llave de los sueños*; si la curación, cuando sea un hecho, no proviene de algún mecanismo. El profesor Mauriac acaba de afirmar que, así seguramente, dentro de cien años, la validez del sistema de Freud, desde el punto de vista médico, estará tan abolida como lo está hoy el sistema de Charcot. No es fácil apreciar hasta qué punto el éxito de un tratamiento psíquico, independientemente de su valor en sí mismo, puede deberse al carácter, a la autoridad, a la penetración del hombre que lo inventó, dones personales que no se transmiten a los imitadores, sino dentro de los límites de las capacidades que estos por sí mismos poseen. Todos veríamos con gran inquietud la terapéutica de Freud en manos de gentes que se sentirían tentados por ese falso aire de ocultismo que es fácil dar a toda obra que deje una parte tan grande a la interpretación. Y esto para no hablar de un personal extracientífico, para quien el análisis freudiano no tiene tanto atractivo, sino porque conduce a un infierno de especulaciones turbias. No es de desearse que el freudismo llegue a ponerse de moda.

Hechas estas reservas, existe derecho para asegurar que las afirmaciones de esta interesante vida de sabio han dado a la psicología un notable impulso, del cual la pedagogía y la moral social podrán derivar consecuencias prácticas de alto valer en el porvenir.

(*Les Annales, París*).

La Biblioteca del Maestro de Escuela

P o r A N D R E S F E R R E

LA cultura general encuéntrase basada, en gran parte, en los libros; derivase de los libros que se leen, y viene a parar, si no siempre en los que se escriben, por lo menos en los que uno quisiera escribir, y de los que acaso llegue a trazar algún informe boceto. No creemos, sin embargo, que merezca por ello el epíteto de libresco, pues no pretende, tal cultura, parapetarse en el papel

impreso: lo que busca en los libros no es un substituto de las cosas, ni un pretexto para ignorarlas; sino, por el contrario, medios para marchar hacia ellas con mayor seguridad y facilidad, y para captarlas más firmemente. ¿Y cómo, por lo demás, podría concebirse la cultura sin libros, ya que la cultura es un aspecto de la civilización, la cual se ha expresado siempre de preferencia por medio de los libros? Al incendiar la biblioteca de Alejandria, el califa Omar dió fin, de una manera más que simbólica, a la civilización antigua. A partir de Gutenberg, la civilización y la cultura, entraron, acaso exageradamente, en la era tipográfica. Desde entonces todos, si hemos de alcanzar su nivel y caminar a su paso, tenemos que practicar este comercio de los libros, que Montaigne estimaba menos engañoso que el de las mujeres, y aun que la misma amistad. Por esto os frecuentamos, ciudades de los libros, templos del pensamiento; y por esto también cada uno de nosotros consagra a los libros un sitio predilecto dentro del propio hogar: nuestra personal biblioteca.

El maestro de escuela no dispone en propiedad de todos los libros que sus ocupaciones intelectuales, sus ocupaciones de intelectual, le obligan a consultar. Sus sueldos, que son modestísimos, no le permitirían satisfacer una curiosidad que nunca debe ser pequeña. Felizmente, aquí están al alcance del maestro varias bibliotecas. En primer lugar la de su escuela que existe obligatoriamente en cada comunidad, y de la que el maestro es por derecho guardián y administrador. Es verdad que esta biblioteca se halla especialmente destinada a la lectura personal de los alumnos y contiene, por lo mismo, una gran mayoría de libros de carácter infantil; pero no es por cierto despreciable el placer que se experimenta leyendo algunos de esos libros, así sean de Alejandro Dumas o de Julio Verne. Por lo demás, una sección de esas bibliotecas se halla casi siempre reservada a los adultos, y contiene libros más serios, sobre todo si el maestro ha puesto empeño en que vaya siendo mejorada y acrecentada año con año. Aun en comunidades de pequeña importancia suele funcionar también una biblioteca pública, que tiene su local especial, con sala de lectura, y un servicio de préstamo de libros. También en ella puede, y debe tener el maestro voz y voto respecto a la elección de libros nuevos. Dispone, además de esto, cada Inspección de Escuelas Primarias de una biblioteca pedagógica: quienes de esta biblioteca hacen uso son los maestros y las maestras, que, mediante una cotización anual, módica, pueden procurarse así, no solamente obras que se relacionan con su profesión, sino libros de estudio y de mera recreación, así como también revistas, para las cuales se halla establecido el sistema "circulante". Cada socio tiene un catálogo a su disposición; los pedidos, envíos y devoluciones de volúmenes gozan de la misma franquicia postal concedida a la correspondencia oficial. Gozan asimismo de esta franquicia los canjes con el Museo Pedagógico, que depende del Ministerio de Educación Nacional, como las bibliotecas pedagógicas son dependencia de las inspecciones de

las escuelas primarias. El Museo Pedagógico posee una biblioteca muy bien dotada, en la que el maestro encuentra, para sus investigaciones, casi cuantas obras de consulta puede necesitar. El Museo tiene también a la disposición de los miembros de la enseñanza una importante colección de películas cinematográficas y una discoteca. Por último, suele ocurrir también que en una misma ciudad o zona, los maestros entusiastas de la lectura se coticen para abonarse a una revista, así como para adquirir las novedades de librerías y consiguen tener así, pasto más abundante de lecturas, con un gasto mínimo. Estas publicaciones que van pasando de una mano a otra se distribuyen al final entre los asociados. Ninguna posibilidad de lectura ha de descuidarse; hay que utilizar todos los recursos de que pueda echarse mano.

Pero nada de esto dispensaría al maestro de escuela de la conveniencia de poseer su biblioteca personal. Aunque esta obligación no se halle impuesta por ningún texto oficial, no por ello deja de ser menos inherente a la profesión que el maestro ejerce: el gusto por la lectura no tiene por qué ser especificado para el maestro, como tampoco el amor filial para el hijo o el amor a la justicia para el magistrado. ¿Y podría tenerse un espíritu tan abismado en lo abstracto, y tan despojado de emoción, para gustar de la lectura sin amar los libros, o para amar los libros sin poseerlos? Todas las obras que solicitamos de las bibliotecas nos suministran datos y nos sirven de guías, pero no llegan a inspirarnos esta entrañable amistad que inspira un libro que es nuestro. Sin referirnos a las obras cuyo aspecto sucio o ajado por el pasar constante de unos lectores a otros provoca cierta repugnancia mezclada con lástima, existe en el anonimato, en la impersonalidad administrativa de los volúmenes, algo que viene a estorbar la simpatía perfecta. Y, además, tales libros no siempre responden sin reservas ni condiciones a nuestro llamado; acaso los que hoy necesitamos se encuentran en otras manos; y nuestros deseos del que pedimos por correo pueden encontrarse embotados cuando el libro llegue, y hasta podría darse el caso de que ya se reavivasen en el momento en que, cumplido el término, tendríamos que devolver el volumen.

Tened, pues, libros que sean vuestros; su presencia en vuestro hogar será el testimonio discreto, pero constante, de que os habéis dado por entero a vuestra vocación intelectual; contribuye a mantener esa vocación mediante una invitación tácita a las cosas del espíritu, merced al ambiente de recogimiento y estudio que los libros ponen en la atmósfera de una casa. No hemos de considerar todos los libros como simples instrumentos de trabajo o de distracción; algunos serán para nosotros como amigos entrañables; y éstos son los más valiosos; los libros que releemos una vez y otra. E interesa grandemente que estén siempre a nuestra disposición, listos para responder al más fugitivo deseo que sintamos de entrar nuevamente en conversación con ellos, y que, aun en el caso en que permaneciesen largos años encerrados, sepa uno

que allí están y lo que de ellos podemos esperar. Es más; interesa también que tengan un carácter personal, es decir, que su posesión nos haga considerarlos como una prolongación de nosotros mismos; que les hayamos comunicado, hasta en su aspecto material, un poco de nuestra personalidad, esta personalidad que recíprocamente tales libros han contribuido a enriquecer; que los llevemos en nuestro espíritu con esa fisonomía particular que nuestro espíritu conserva y retiene de todos los seres vivos.

¿De qué manera debe quedar constituida la biblioteca de un maestro de escuela? Cuestión mal planteada, si puede hacer creer que hay un tipo prefijado de "biblioteca de maestro", y que debe ser el mismo para todos ellos, una cosa como los programas, los horarios y el reglamento escolar modelo. Nada más lejos de nuestro pensamiento, y no vamos a dar aquí una lista de libros, ni aún bajo el rubro aquel de "libros que nadie debe ignorar", o aquel otro de "las diez obras que quisiéramos tener si estuviésemos en una isla desierta". Y no es que estas listas nos sean indiferentes; por el contrario, nos resulta tan agradable leerlas como inventarlas. Empero es preferible que cada quien las elabore según sus exigencias propias, y de acuerdo también con las ocasiones y las predilecciones, para no hablar ya del capricho personal, que en este punto debe tener, sin embargo, plenos derechos. Queremos solamente indicar ahora algunos principios que, dejando íntegras las preferencias de todos y de cada uno, sólo sirvan de guía al maestro joven, de una manera absolutamente exterior y formal, para la constitución, lenta, que nunca debe quedar concluida, de su biblioteca.

En primer lugar, este precepto negativo, comprar pocos libros, y comprarlos sin precipitación, dejando transcurrir algún tiempo entre el deseo y el pedido al librero, conteniendo esa impaciencia de coleccionista que normalmente pretende abrirse paso en el corazón de todo amigo de los libros. Esta precaución no sólo puede quedar justificada por razones económicas; su trascendencia moral estriba además, en que influye en la disciplina general que debe reinar en nuestra vida; es un aspecto de la resistencia a los impulsos, y una prueba del dominio sobre nosotros mismos. Indica esa resistencia la importancia que ha de acordarse a la elección de las amistades, y el cuidado que hay que poner para precavernos de decepciones y engaños. Los libros que debemos tener en propiedad son, en primer lugar, como ya dijimos, aquellos que quisiéramos releer, aquellos que presenten un interés más consistente que el de la actualidad o la moda. No hemos pues de adquirir nuestros libros a tontas y locas, sino con discernimiento y previa información cuidadosa; hasta mediante una primera lectura o una lectura parcial. Advertimos aquí que la concesión de un premio literario a un libro, no ha de tenerse como garantía suficiente; en nuestros días son más los premios literarios distribuidos en un año que las obras que hayan desafiado al tiempo en todo el siglo XVII o XVIII; y recorrer la lista de

los autores favorecidos por tal o cual célebre premio, desde la época de su fundación, nos causa una impresión muy comparable a la que deja el deambular por un cementerio. La unanimidad en los elogiosos comentarios de periódicos y revistas, es un indicio en el que tampoco hay que fiarse ciegamente. La regla más segura sería no adquirir obras de contemporáneos, sobre todo obras de imaginación, sin dejar transcurrir un lapso de algunos años después de su publicación.

Cuando se trate de adquirir libros que de tiempo atrás se hallen en posesión de los sufragios del público y cuya reputación haya dejado de ser equívoca; cuando se trate de libros consagrados por el tiempo, o consagrados por el espacio, que sujeta a los libros a una prueba semejante a la del tiempo, deben aplicarse idénticos esfuerzos de discernimiento y de información, por cuanto a la edición o traducción que hayan de elegirse. Importa mucho no dar entrada sino a aquellos textos que se encuentren establecidos con seguridad y que sean conformes a las intenciones del autor. Se correrán en este punto riesgos menores si se evitan las ediciones populares, y se da preferencia a las grandes colecciones de ediciones críticas; mejor aún, a las ediciones universitarias, que dan, con un texto minuciosamente cotejado, toda clase de variantes y referencias a las fuentes. No debe sernos indiferente, pongamos por caso, antes de introducir a Homero en nuestra biblioteca, pensar si debe hacerse en la traducción de Dacier, Leconte de Lisle, o Víctor Hugo.

Y no hemos llegado todavía a la bibliofilia, puesto que el bibliófilo sabe apreciar la rareza y la belleza de una edición, aún más que su exactitud. Sin embargo, éste es el camino y podemos avanzar un poco más. Cuando se tiene amor por los libros, se ama todo en ellos incluso la calidad de su papel, su tipografía, la disposición armoniosa del texto en el marco de los márgenes, sus forros de cuero o de pergamino, etc. El maestro ennoblecerá su biblioteca reservando un lugar de honor a algunas obras bellas y demostrando sus preferencias por ciertos libros, mediante esta señalada distinción. Tendrá especiales cuidados con estos volúmenes, y ello le acostumbrará a tratar bien a todos: por ejemplo, a no volver las páginas humedeciendo el dedo con saliva; a señalar la página en que se va leyendo, sin doblar los ángulos; a abstenerse de hacer anotaciones al margen, y a no subrayar con lápiz y menos aún, con la uña, pues esto es el colmo de la barbarie, ciertos pasajes de especial interés; a no afirmar la propiedad con firmas en las guardas, sino, más bien, haciéndolo por medio de un *ex-libris*; a no maltratar el lomo de los volúmenes ni aplastar con el reverso de la mano los márgenes interiores para que las hojas se mantengan más anchamente abiertas; o no desflorar éstas con cualquier cuchillo o navaja: virtudes elementales todas ellas, pero que no por esto carecen de significación.

En su biblioteca el maestro reservará algunos anaqueles a los libros de su profesión: no sola-

mente a los que tratan cuestiones técnicas y didácticas (libros de pedagogía propiamente dicha), sino a los que se relacionan con las ciencias en que se fundan técnicas y métodos, como la psicología, en particular la psicología infantil, la sociología, y también a los que hacen destacar el aspecto humano de la profesión, ese aspecto que Thierry llama patético: las obras de imaginación que toman la vida de algún maestro como asunto principal o episódico.

Pero la biblioteca del maestro de escuela no debe reducirse a la especialidad pedagógica como tampoco a ninguna otra. La función intelectual del maestro, que consiste en iniciar en todos los diversos aspectos del saber, mantiene al maestro por encima de cualquier especialización, mejor dicho, si es que puede así expresarse, le impone la especialización de lo genérico. Profesional y humanamente está obligado el maestro a mantener en sí una amplia curiosidad y un gusto ecléctico. Sus libros, aun cuando sean poco numerosos, deben reflejar una imagen exacta de la diversidad del mundo y del pensamiento; su biblioteca no ha de ser sistemáticamente "literaria" o "científica", contemporánea o clásica, idealista o positivista, sino todo ello a la vez; no ha de estar limitada a la producción nacional, sino dar amplia acogida a obras traducidas que de manera tan fecunda ensanchan el horizonte intelectual.

La clasificación de la biblioteca varía también, según la clase de ésta, y de acuerdo con el punto de vista de su propietario; la clasificación no es inmutable; puede modificarse a medida que el acervo aumente y conforme se registren cambios en las preocupaciones dominantes de su propietario. Lo importante es que haya un arreglo, que venga a simbolizar el orden que debe reinar en la inteligencia. Hay clasificaciones cuyos principios, misteriosos para todo el que no sea el interesado, provienen de las profundidades de la experiencia personal; así aquel arreglo que dejando aparte los libros de cabecera, libros predilectos y a los que se vuelve por lo menos una vez al año, reserva otro anaquel a los libros de mera recreación, etc.

La clasificación metódica, por "géneros", es a la vez más superficial y más "social". Acaso sea de preferirse una clasificación de las obras por orden cronológico, o de acuerdo con su localización geográfica; el orden alfabético de los nombres de autor, o el arreglo de los libros conforme a sus diversos formatos, suele atraer también a los partidarios de la simplificación. Una biblioteca bien provista puede tomar en cuenta todos estos diferentes principios, y aun algunos otros.

La palabra biblioteca, que designa una colección de libros, se aplica también, por extensión, al mueble que contiene esos libros, y aun a la pieza en que se hallan. La cuestión de la guarda de los libros no puede dejar de ser considerada por cualquier persona que en verdad se preocupe por la buena conservación de los volúmenes. Un sistema muy aceptable, aun desde el punto de vista económico, consiste en ir ajustando la biblioteca, conforme a un riguroso ensanchamiento.

to, por medio de elementos desmontables (cajas, bases y cornisas) fabricados por casas especializadas, pues este sistema permite hacer combinaciones muy diversas.

En cuanto a decidir si conviene destinar a los libros un cuarto especial de la casa habitación, es cosa que no haremos nosotros. Elevar una pieza a la divinidad de "ciudad de los libros", es demostrar, además de la importancia que se les concede y el respeto en que se les tiene, la preocupación de alejarlos de todo vulgar contacto, y la de alejarse uno mismo de las materialidades de la vida, para leer, llegado el caso, con más quietud y provecho. Pero ¿no es también muy legítimo deseo el de asociar familiarmente los libros a todas nuestras ocupaciones, el de formar con ellos como un tema de decorado, que reaparecerá en cada una de las piezas de la casa, y que se mezclará con cada uno de los aspectos de la vida cotidiana?

Este artículo de moral profesional, no es tan accesorio y supérfluo como pudiera pensarse. No es indiferente ninguna de las cuestiones particularísimas de que hemos venido tratando aquí. La respuesta que cada uno dé, es más trascendental de lo que parece, pues suministra, en relación con el carácter de quien contesta, indicios decisivos y comprometedores, comparables a los que—por ejemplo—sobre el temperamento físico, pueden dar, y de hecho dan, las características materiales de cada sujeto. Dime qué libros lees menos aún, cómo les lees, cómo los tratas, cómo los clasificas, y te diré quién eres. De cada quien, su biblioteca es fiel reflejo; expresa del propietario, por encima de las particularidades de su condición profesional, al hombre mismo.

(*L'Enseignement Public*, mayo de 1936).

NOTAS

G. K. CHESTERTON

El cable nos ha traído la luctuosa noticia de la desaparición de Gilbert K. Chesterton, el ilustre escritor inglés, cuya obra central "Ortodoxia", constituyó por cierto todo un triunfo, por la espléndida versión que de ella hizo, para nuestro Alfonso Reyes.

Escritor de múltiples facetas, todas fulgurantes, Gilbert K. Chesterton abordó todos los géneros literarios, a partir de la nota periodística, en la que él sabía destacar maravillosamente las esencias que no pasan ni se desvanecen con la hora fugaz. Fue todo lo contrario del genio a quien "sus alas de gigante le impiden andar". El, sin abandonar sus pasos bien firmes y su humor muy inglés, sabía elevarse—con su fardo de sentido común a cuestas, que se le convertía en alas poderosas—, hasta las más altas y enrarecidas regiones del pensamiento.

Fue inglés en todo, menos en el *spleen*, a menos que lo sintiera por otros mundos y otras épocas.

Pero supo amar su tiempo, pues le consagró sin regateos la vida, combatiendo apasionadamente—con una risa franca, que tiene algo de medioeval, y una agilidad audaz, que nos recuerda la de los Mosqueteros.

A. M.

MAXIMO GORKI

Y tenemos que insertar aquí otra nota necrológica: la del célebre escritor ruso Alejo Maximovich Peshkov, conocido mundialmente con el pseudónimo de Gorki.

Figura atormentada la de Gorki, se le ve pasar por la vida azotado como la estepa, por duras tempestades.

De familia humildísima, queda huérfano desde los cinco años de edad. La miseria y su naturaleza inquieta le hacen mudar muchas veces de profesión y lugar, hasta que, en 1892, se consagra plenamente a la literatura, adquiriendo muy pronto, a través de sus obras, un renombre comparable al de Tolstoi, y convirtiéndose en el poeta de los hambrientos, de los vagabundos, con quienes había convivido desde la más temprana edad.

La realidad tremenda de los personajes de sus libros, el dolor, el vigor de las descripciones, y un estilo anárquico y fuertemente contrastado, hacen de Máximo Gorki uno de los escritores más representativos de su país. Nadie como él conoció los bajos fondos sociales ni los pintó con colores más sombríos.

Sus libros sirvieron para atizar la hoguera de la revolución rusa y, aunque distanciado alguna vez, accidentalmente, del gobierno bolchevique, volvió a él poco después y ha muerto militando en sus filas.

A. M.

La Revista Mensual, UNIVERSIDAD, se ha visto imposibilitada de salir puntualmente, debido a la escasez de papel. Ni San Rafael produce, ni la importadora PIPSA alcanza a cubrir las necesidades del mercado, razón por la cual el presente número sale con retraso.

Actividades Universitarias

SERVICIO DE PRACTICAS ESCOLARES

En los primeros días del mes de junio fueron inaugurados varios consultorios médicos gratuitos, dependientes del Departamento de Acción Social.

Uno de ellos es el Central, con servicios especializados, que están encomendados a profesores y jefes de Clínica, adjuntos de la Facultad de Medicina. Otros cinco, con personal igualmente competente, se encuentran adjuntos a cada uno de los cinco Centros Escolares para obreros. Hasta el día 20 del propio mes, se habían atendido semanalmente alrededor de 140 enfermos en el Consultorio Central: 100, en el del Centro "José Martí"; 30, en el del "Domingo F. Sarmiento"; 18, en el del "Justo Sierra", y 50, en el del "Giner de los Ríos".

La casi totalidad de los pacientes atendidos fueron obreros y familiares de éstos.

De acuerdo con el caso clínico, el estudio de los enfermos ha sido cuidadosamente hecho.

BUFETES GRATUITOS

Continúan funcionando los Bufetes Gratuitos, que se encuentran en San Angel, Coyoacán y Xochimilco. Se ha fundado, además, uno nuevo en